

Relaciones internacionales e independencias: los casos de Bolivia y Uruguay

por

Edmundo Aníbal Heredia
CONICET

1. Confederaciones y segundas independencias

La creación de la nación boliviana es inaugural en esta etapa de la historia de América Latina que hemos llamado “de las Confederaciones”, etapa que se inicia con la Confederación Gran Colombiana, conducida por Simón Bolívar (1820), y concluye con la finalización de la Confederación Argentina (1852), liderada por Juan Manuel de Rosas. En rigor, sucedieron luego otros sistemas confederativos, pero no alcanzaron a marcar decisivamente una etapa de esta historia; la siguiente etapa se caracterizó más bien por la organización de los Estados nacionales.¹ En esta oportunidad nos parece interesante contextualizar las independencias de Bolivia y Uruguay en el espacio sudamericano a partir de la hipótesis de que ambas fueron motivo de tratamiento y resolución en un ámbito que excedió sus propias expectativas y se inscribió en la problemática de todo el subcontinente, además de que se trató de una segunda etapa de las independencias, por lo que les cabe la denominación de “segundas independencias”.

En un sentido más amplio estas segundas independencias comienzan con la del Brasil, en 1822; es un caso singular, porque también se trata de un pronunciamiento y de una separación de su metrópoli pero dentro de un régimen dinástico perteneciente a esa misma metrópoli europea. Continúa en el tiempo con el nacimiento de Bolivia (1826), que no acepta su adscripción al Perú ni a las

¹ Es la materia de nuestro libro *Confederaciones y Relaciones Internacionales. De Bolívar a Rosas*. Buenos Aires, Nuevo Hacer/Grupo Editor Latinoamericano, 2014.

Provincias Unidas del Río de la Plata; y antecede a la independencia de la República Oriental del Uruguay (1828), que se separa de Brasil y de las Provincias Unidas, sucedida finalmente por la del Ecuador (1830), que se separa de la Gran Colombia.

Los casos de Bolivia y Uruguay se distinguen porque sus territorios formaban parte del Virreinato del Río de la Plata, y un principio acordado en las relaciones entre las nuevas naciones era el de respetar los límites existentes al comenzar las revoluciones, tomándose como apropiado el año 1810. Pero además de las incertidumbres de los mapas coloniales las guerras de independencia y los primeros conflictos entre las nuevas naciones fueron creando también nuevas situaciones, hasta el punto de que aquel principio inicial terminó puesto en discusión y aún desestimado. Por tanto, su característica esencial y singular es que estas segundas independencias lo fueron con respecto de otras naciones vecinas a las que estaban incorporadas bajo el régimen anterior, esto es el colonial.

2. La creación de Bolivia

En el caso de Bolivia es preferible hablar de “creación”, lo que no implica de ninguna manera desconocer los anhelos de independencia de la población altoperuana. En todo caso, el proceso independentista contra España había culminado con los triunfos patriotas de Junín y Ayacucho, luego de las acciones libertadoras provenientes de otros países, comandadas por los ejércitos de San Martín y Bolívar. Pero faltaba decidir si el Alto Perú se convertiría en una nación o en una parte de otra. El término creación se explica porque el nacimiento de la nación boliviana se produjo como resultado del debate entre tres alternativas, que a su manera fueron explicadas por Bolívar en carta a Santander, en febrero de 1825: “El Alto Perú pertenece de derecho al Río de la Plata, de hecho a España, de voluntad a la independencia de sus hijos que quieren un Estado aparte y de pretensión pertenecen al Perú que lo ha poseído antes y que lo quiere ahora... entregarlo al Río de la Plata es entregarlo al gobierno de la anarquía...”

entregarlo al Perú es una violación al derecho público que hemos establecido, y formar una nueva república como los habitantes lo desean, es una innovación que yo no me quiero encargar y que sí pertenece a una asamblea de americanos”.²

De todos modos, con ser una creación en cuanto a su carácter de nación, como tal nación Bolivia es una de las más auténticas y de más profundos orígenes de América Latina, pues está conformada principalmente por una población que posee, conserva y porta en su mayor parte una cultura originaria identificada como tal, por lo que la reunión de nación, etnia y cultura conforma una íntima y sólida entidad que da contextura a su carácter e idiosincrasia. En este sentido, el origen nacional de Bolivia es lo que le confiere mayor semejanza con respecto los orígenes de sus pares europeas, en cuanto es el resultado y consecuencia histórica de una tradición cultural profunda.

Geográficamente Bolivia forma parte de tres sistemas internacionales: el del Pacífico, el del Plata y el del Amazonas; es como el nudo que ata esos sistemas. Nació con una superficie de casi dos millones de kilómetros cuadrados; un centenar de años después y a expensas de sus vecinos se reduciría a poco más de un millón. La pérdida mayor ha sido la que determinó la falta de salida al Océano Pacífico, una deuda compartida en la América del Sur. El país que debió ser la piedra sillar del arco integrado por las naciones sudamericanas fue prácticamente saqueado por sus vecinos, aunque en algunos casos con la complicidad de sus propias autoridades. Algunos historiadores de naciones vecinas han intentado justificar las expropiaciones afirmando que era el postrer

² Aquí y en adelante citaremos documentos obtenidos en archivos o en ediciones impresas que hemos consultado personalmente, obviando en lo posible las referencias correspondientes a las signaturas topográficas para facilitar la lectura de este trabajo. De todos modos, damos fe que esas citas responden estrictamente a los textos de los documentos consultados en sus fuentes originales, tarea que hemos cumplido durante largos años como Investigador del CONICET. Igual advertencia corresponde respecto a la bibliografía, que para este tema es numerosa, procedente en su mayor parte de las naciones involucradas..

recurso para que la nación boliviana subsistiera, afirmación que debiera acrecentar la condena a la avidez vecinal.³

La Asamblea que decidió el destino del pueblo y del territorio altoperuanos fue contundente: sólo dos asambleístas votaron por la anexión al Perú, ninguno por la agregación a las Provincias Unidas, y el resto se pronunció por la independencia. De este modo el resultado de esta Asamblea fue el de una segunda independencia, esta vez con respecto a Buenos Aires, capital del Virreinato del que había formado parte. El gobierno constituido envió ante el gobierno argentino a José Mariano Serrano para que fuera reconocida la independencia, pero sólo fue recibido como Agente Confidencial, recibiendo en cambio un reproche por no haberse manifestado contra Brasil.

Bolívar se sintió tan sorprendido como agrado por la posición tolerante y en cierto modo prescindente de los gobiernos del Perú y de las Provincias Unidas para que los altoperuanos decidieran su destino. Esta actitud debió sumarse a las razones por las cuales esta nación tomaría su nombre; le decía a su Vicepresidente Santander: “Es muy raro lo que sucede en el Alto Perú; él quiere ser independiente y todo el mundo lo quiere dejar con la independencia. Sucre y yo, por nuestra parte, hemos hecho lo justo, y los dos Congresos del Perú y Buenos Aires hacen lo mismo. De todo esto estoy sumamente contento, porque me dará facilidades para quedar bien con todo el mundo.” La misma satisfacción y sorpresa se la manifestaba al peruano Hipólito Unanue, Presidente del Consejo de Gobierno: “Usted no habrá dejado de observar que la parte que debía oponerse más que ninguna otra a la independencia de este país, es la que casi lo invitaba a hacerlo, y sus enviados ahora presentes, no han tenido embarazo en decirme

³ José Luis ROCCA (*Fisonomía del Regionalismo Boliiviano*. La Paz, Los Amigos del Libro, 1979) realizó un excelente estudio del espacio boliviano, en sí mismo y en relación con el resto de Sudamérica, destacando la importancia de su ubicación y su participación en la problemática política, económica y estratégica de todo el sub-continente. Lamentablemente esa posición singular, lejos de otorgarle una posición participante, lo hizo objeto de depredaciones territoriales a través de guerras, compras e incluso de corrupción de sus propias autoridades.

que Buenos Aires lo deseaba, y que reconocería la República de Bolívar.”

Marcar las diferencias de las actitudes del gobierno de Buenos Aires en dos momentos históricos resulta útil para comprender un período de las luchas por la independencia y el comienzo de la formación de las nuevas naciones. En efecto, el Congreso que se inauguró en 1816 había elegido como sede a la ciudad de Tucumán para afianzar las provincias del Alto Perú a la jurisdicción política del gobierno de las Provincias Unidas, y también para avanzar en el utópico proyecto de establecer una dinastía europea enlazada con la de un pueblo ancestral, integrando así el doble motivo de abarcar los territorios del antiguo Virreinato y contemporizar con los intereses de las monarquías europeas. En los 1820' esas motivaciones se habían diluido ya, y eran reemplazadas por otras. Una razón de peso era que se había impuesto en el gobierno de Buenos Aires la idea de circunscribir el país al ámbito rioplatense, con lo que se esperaba defenderlo mejor de los embates del Imperio brasileño; Ésa era la razón primordial, y no debía estorbar pretensiones consideradas secundarias.

Otra razón era que en el ambiente rioplatense prevalecía el triunfo de los “ilustrados”, afectos a la civilización europea y partidarios de incorporar sus principios políticos y hasta sus culturas, al menos sus formas. La población boliviana era mayoritariamente indígena, con hábitos y costumbres milenarias que despertaban el desprecio de los “civilizados”, es decir de los europeístas. Esta última razón no se hizo demasiado explícita en los documentos, pero se trasuntaba en las actitudes cotidianas, demostrativas de la convicción de que las diferencias étnicas y culturales eran la expresión de dos mundos muy diferentes y hasta contradictorios.

Tampoco debe olvidarse que el interés principal del gobierno de Buenos Aires por recuperar la Banda Oriental y detener el expansionismo brasileño radicaba en una gran expectativa hacia la ayuda que pudiera proporcionar Bolívar, quien al llegar a Potosí había alcanzado el cenit de su carrera militar y política, y era incuestionablemente el hombre más fuerte de la América del Sur.

Por esta razón la presencia triunfante de Bolívar en el Alto Perú fue vista como la oportunidad por obtener sus favores y su apoyo en el conflicto con Brasil.

Bolívar se sentía ampliamente halagado por las manifestaciones -aunque su artificialidad no le escapaba-, de admiración y pleitesía que recibía del gobierno de Buenos Aires; le decía a Santander: “Los Enviados de Buenos Aires están tan satisfechos del recibimiento que les he hecho que no piensan más que en lisonjearme hasta el extremo de lisonja más exagerado.”⁴

Según el mismo Bolívar, Alvear le habría propuesto en secreto unir Bolivia y Argentina con el nombre de Bolívar; es cierto que por entonces Buenos Aires tomaba recaudos algo insólitos para oponerse al Brasil, aún hasta rendir pleitesía a Bolívar. Sintiendo en la cima del cerro de la plata, el caraqueño no descartó por algún momento en culminar su trayectoria aceptando el ofrecimiento de Alvear para tomar el mando de la guerra contra Brasil y así se lo expresó a Santander. Pero Santander, que estaba al mando político de la Gran Colombia en reemplazo de su jefe itinerante, lo llamó a la realidad y le reclamó que no diera un paso más y que volviera a Bogotá para ocuparse de los problemas de aquella Confederación que él había creado. Este llamado a la realidad debió influir para que ése fuera el extremo austral de la extensa cabalgada de Bolívar.

Como era natural, la creación de Bolivia provocó el contento del gobierno del Brasil, pues ello implicaba sustraer a las Provincias Unidas un territorio que guardaba extraordinarias riquezas minerales. Ni Rivadavia ni Bolívar pensaron entonces que esa independencia -que desde un punto de vista era una segregación-, daba mayor poder al Imperio brasileño en relación al conjunto de naciones sudamericanas.

3. La creación de Uruguay

⁴ Chuquisaca, 11 de noviembre de 1825. En: LECUNA, Vicente. *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*. Caracas, Imprenta Nacional, 1954. Tomo II, pág. 209-213.

La disputa por la Banda Oriental entre los imperios portugués y español era de larga data; había formado parte de las luchas por el poder en Europa, donde España y Portugal eran limítrofes, tanto como lo eran estas sus colonias sudamericanas; esta situación europea había dado lugar a cuestiones fronterizas, de modo que ambos problemas, los coloniales y metropolitanos, estaban ligados. Ligadas también estaban las Coronas, estos es la de los Borbones y Braganzas, unidas asimismo por matrimonios que, como era muy humano alternaban arreglos y desarreglos dinásticos con las cuestiones de alcoba, que incluían las de las herencias al trono. En todos los casos, las cuestiones europeas tenían su derivación en el continente americano, donde también eran vecinos.

Pero al producirse las revoluciones de independencia de los dominios españoles los conflictos adquirieron otro carácter, porque ahora la cuestión era con un país que se separaba de sus amos europeos y que decidía crear su propia nación, para lo cual era necesario construir sus términos territoriales. Al pronunciarse Buenos Aires contra España, Portugal tomó cuenta que era el momento decisivo de terminar con la cuestión y tras dos intentos - el primero fracasado-, en el segundo creó la Provincia Cisplatina y la incorporó efectivamente al Imperio. Desde entonces y como sería luego sostenida por parte de la historiografía de origen brasileño, el gobierno elaboró la teoría de la “frontera natural”, y por tanto consideró que la naturaleza era la que dictaba su pertenencia al Brasil; eran los tiempos en que predominaba en los círculos políticos el principio enarbolado por su Ministro José Bonifácio, según el cual el territorio debía extenderse “del Amazonas al Plata.”

Tras de varios gobiernos inestables –Juntas, Triunviratos, Directorios- los gobiernos de las Provincias Unidas apelaron a las misiones diplomáticas para ganar posiciones, mientras se prepararon también para la guerra contra el Imperio con el fin de incorporar la Banda Oriental a su dominio y de esa manera poner límites a su expansión. Con ese propósito fue dirigida en 1821 una circular a los gobiernos de Chile, Paraguay y Colombia y a sus propias dependencias provinciales, alertando sobre el

aprovechamiento que hacía el Brasil de las disidencias internas de estas provincias para avanzar en sus planes de expansión territorial. Avanzando en su propósito fueron dispuestas las misiones al Paraguay -no cumplida porque al enviado no se le autorizó a cruzar la frontera-, al Alto Perú, al Brasil, a Londres, a Washington, a Chile, Perú y Colombia. Era el mayor despliegue diplomático de la nueva nación, con la peculiaridad de que éstas daban ahora mayor importancia a las gestiones ante las naciones sudamericanas, en tanto que las anteriores privilegiaban a Europa en función de las campañas revolucionarias contra España. En esta ocasión era ostensible que el rival mayor en el ámbito americano era Brasil y que no era viable apelar a los gabinetes europeos para ganar adeptos contra este Imperio.

También fue inútil el esfuerzo iniciado por el gobierno colombiano para evitar la guerra, para lo cual trató de valerse del interés de Brasil con el propósito de ganar simpatías en la América hispana. Pero cuando la guerra se desató el gobierno de Bogotá se declaró neutral, considerando que era “de Estado a Estado, sin otro objeto que la ocupación de un territorio que uno y otro beligerantes reclamaban como propio, y la cual no amenaza de ningún modo la independencia de aquellos”. El lavado de manos de Colombia no tenía en cuenta que la Banda Oriental había sido parte del Virreinato del Plata y en consecuencia que según el acuerdo de “límites como en 1810” pertenecía a las Provincias Unidas; tampoco parecía considerar que era un enfrentamiento de una república contra una monarquía de raigambre europea entronizada en la América del Sur, dejando así a un lado el compromiso de defender el sistema republicano contra las monarquías de tronco europeo. La posición esquivada de la Confederación colombiana mostró una vez más que no habían valido de nada las lisonjas prodigadas por Alvear y Díaz Vélez al Libertador venezolano cuando fueron a saludarlo al Alto Perú.

Es muy probable que la decisión del gobierno grancolombiano estuviera relacionada con el encono bolivariano hacia el Presidente Rivadavia. La prueba más clara del desentendimiento ocurrió en la misión confiada por el gobierno de Bogotá a Joaquín Mosquera y

Arboleda, destinada a lograr adeptos a la convocatoria del Congreso de Panamá, y que a su paso por Lima y Santiago de Chile obtuvo buenos resultados con la firma de convenios que presagiaban el éxito del Congreso; en cambio, fue un verdadero fracaso cuando Mosquera se presentó en Buenos Aires, donde Rivadavia sólo admitió un tibio tratado que no aseguraba compromiso alguno. Entonces fue claro que el gobierno rivadaviano no estaba dispuesto a admitir la supremacía de Bolívar en la América del Sur.

El gobierno argentino apeló también al apoyo y colaboración de Chile en su confrontación con el Brasil. Con ese objeto fue enviado Ignacio Álvarez Thomas a Santiago; debía solicitar fuerzas terrestres y navales, además de otros compromisos que respondían a intereses comunes. Las instrucciones se modificaron porque entonces Chile estaba ocupando sus recursos de armas para expulsar los últimos reductos españoles que se mantenían en Chiloé. Pero cuando Álvarez Thomas llegó a destino ya las operaciones en el sur habían culminado y no obstante el gobierno chileno se mostró reticente, aún para vender barcos de guerra. De todos modos, se firmó un tratado de amistad que incluía el rechazo a toda agresión extranjera.⁵

En tanto, el representante británico en Rio de Janeiro, Lord Ponsonby, mantenía permanentes reuniones con el Ministro Inhambupe, en las que trataba de convencerlo de que la mejor solución era abandonar la ocupación. El Tratado de comienzos de 1825 por el que Inglaterra, al tiempo de reconocer la independencia argentina, obtenía pingües beneficios comerciales junto a otras franquicias por las cuales los comerciantes británicos se aseguraban una posición ventajosa, fue una muestra del favoritismo que por reciprocidad recibía el gobierno de Buenos Aires en su disputa con Brasil, y que explican el proceder del gobierno de Londres. En tanto, Ponsonby se encargaba de señalar al gobierno de Rio de Janeiro los distintos intereses de ambos beligerantes por la Banda

⁵ V. CAILLET-BOIS, Ricardo. *La Misión Álvarez Thomas a Chile. 1823-1825*. En: *Humanidades*. XXV, 1ª Parte. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 1936.

Oriental, enfatizando que Brasil no necesitaba la Banda para afirmar su poder territorial, en tanto era vital para Buenos Aires por su ubicación. En efecto, los principios geopolíticos eran contundentes, en especial si se tiene en cuenta la distancia entre Rio de Janeiro y Montevideo comparada con la de esta ciudad y Buenos Aires. El Cónsul de los Estados Unidos en Argentina, John Murray Forbes, tomaba cuenta de estos finteos políticos y diplomáticos, hasta llegar a considerar que por entonces Buenos Aires era “una verdadera colonia británica”.

Obviamente, el ministro brasileño Inhambupe tenía una opinión contraria a la del inglés, y sostenía que la Banda era más necesaria a Brasil, por ser la salida natural para el sud de su territorio a través del sistema fluvial; también invocaba razones políticas, como la necesidad de apartar al republicanismo, e incluso motivos económicos, como los de eliminar “haraganes” que robaban ganado en la frontera del sur. Ponsonby terminó por considerar que la posición del Brasil era intransigente y que Gran Bretaña debía decidirse en favor “de la parte que ofrezca mayor interés por la paz”. Y en el gobierno de Rio de Janeiro se difundió la idea de que su verdadero enemigo en el caso era el gobierno de Londres, y que por lo tanto era necesario pactar con Estados Unidos y Francia. Tampoco obtuvo un resultado favorable el intento del gobierno de Buenos Aires cuando insinuó al representante norteamericano que debía aplicarse en el caso la Doctrina Monroe, lo que indudablemente estaba lejos de los planes de Estados Unidos.

Un momento importante en la resolución internacional del conflicto fue en los últimos meses de 1826, cuando Ponsonby, siguiendo instrucciones de Londres desistió de convencer al Brasil sobre la injusticia de su causa, y se inclinó hacia la independencia de la Banda; desde entonces, el Embajador inglés trabajó eficazmente en ese sentido; así se lo manifestó a Canning, advirtiéndole que en adelante la preocupación británica, más allá del desenlace de la guerra, era asegurar para sí la libre navegación de los ríos platenses. Finalmente Canning intimó al Brasil a hacer la paz y ceder la Banda Oriental, para lo cual se ofreció como mediador, y amenazó que si no lo hacía en un plazo perentorio se

declararía a favor de Buenos Aires; así se lo manifestó al representante brasileño en Londres.

La interpretación de esta posición del gobierno británico, que incluía la mediación, la solución pacífica y una inclinación en favor de los derechos argentinos, lejos de ser altruista era más bien la estrategia utilizada en el Plata para afirmar su preponderancia. La inclinación británica hacia los derechos argentinos respondían a que consideraba que le sería más fácil entenderse con su gobierno que con el de Brasil –que ya mostraba una inclinación hacia los Estados Unidos y a cuestionar aquellos primeros tratados de comercio que privilegiaba a los británicos, propios de sus condicionamientos para afirmar su independencia de Portugal- y también porque así evitaría una más acentuada preponderancia del Imperio en el contexto sudamericano.

La comparación de las actitudes de los gobiernos de Colombia y de Gran Bretaña son muy sugestivas: una república sudamericana, identificada en sus orígenes con una causa común y que había proclamada desde su principio confederativo la unión de los países levantados contra España, se declaraba neutral, en tanto Gran Bretaña, la potencia que sentaba su hegemonía en la América del Sur, se inclinaba hacia la causa argentina. Las circunstancias políticas que habían provocado roces y desinteligencias en la guerra de independencia explican la actitud de Colombia; la de Gran Bretaña se explica en su decisión de asumir un papel gravitante en la vida política de las nuevas naciones y en preparar un camino hacia el Río de la Plata que respondiera a sus intereses imperiales económicos.

En las comunicaciones reservadas entre miembros del gobierno brasileño era firme la decisión de conservar a toda costa la Banda Oriental, señal de que el legado de José Bonifacio seguía vigente; por lo tanto no quedaba otro recurso que continuar la guerra, y que ella debía tener al mar como escenario principal. Por eso sostenía que debía conservarse en el Río de la Plata “una formidable fuerza marítima, por ser indispensable aquel punto para la seguridad de los límites del Imperio”. En la *Fala do Trono* de 1826 el Emperador sostuvo que “la honra exige que se sustente la provincia

Cisplatina, pues está jurada a la integridad del Imperio.” En la *Fala* de mayo del año siguiente –a poco de volver de Rio Grande do Sul para hacer ostentación de la presencia imperial frente al escenario del conflicto- Pedro afirmó que la guerra “aún continúa y continuará en cuanto la Provincia Cisplatina, que es nuestra, no estuviera libre de tales invasores, y Buenos Aires no reconozca la independencia de la nación brasileña y la integridad del Imperio con la incorporación de la Cisplatina, que libre y espontáneamente quiso hacer parte de este mismo Imperio.”

Al fin llegó la batalla de Ituzaingó, en febrero de 1827, en la que Alvear obtuvo un triunfo militar que algunos historiadores brasileños cuestionan como de resultado indeciso. Lo cierto es que el Marqués de Barbacena, el general brasileño, se retiró del campo dejándolo a discreción del enemigo, y que las fuerzas argentinas no aprovecharon la situación favorable que les permitía ocupar Colonia y Montevideo; también es cierto que el triunfo de las armas no se reflejó luego en el resultado final del diferendo, pues la Banda Oriental, que era el objetivo perseguido, no sería para ninguno de los dos.

Una muestra de la decisiva incidencia que el gobierno de Buenos Aires atribuía a Gran Bretaña en relación con esta guerra la dan las instrucciones que Rivadavia impartió a García en su misión de 1827 a Rio de Janeiro; en ellas le decía que antes de desembarcar, es decir antes de tomar contacto con autoridades brasileñas, debía entrevistarse con Gordon, el nuevo representante de Inglaterra, y sólo con el compromiso de éste de contar con la garantía británica firmaría la convención preliminar de paz, basado en la devolución de la Banda Oriental o la formación de una nación independiente; era como si el triunfo de Ituzaingó hubiese sido inútil, y en cambio fuese imprescindible la definición británica. En resumen, era más importante Londres que Ituzaingó.

Luego de esta batalla hubo otras derrotas brasileñas, incluso deserciones por inclinaciones locales a las ideas republicanas. No obstante, Rivadavia envió a García a Rio de Janeiro para llegar a un acuerdo, sin aprovechar las ventajas obtenidas por las armas, llegando al extremo de admitir la posibilidad de dejar el territorio

en disputa en poder de Brasil a cambio de la liberación de la navegación de los ríos. La reacción que esta claudicación provocó en Buenos Aires condujo a la caída del presidente Rivadavia. Su reemplazante, Manuel Dorrego, inició tratativas con nuevos enviados. Entonces la intervención del Embajador británico fue decisiva; presentó una propuesta de acuerdo cuya base era la creación de una nueva nación. Así se llegó a la Convención Preliminar de Paz que selló la independencia de Uruguay.

Para llegar a esta definición también debe tenerse en cuenta la situación de las Provincias Unidas y especialmente la de su ejército. Las rencillas, desacatos y desobediencias de varios jefes militares, en especial de Lavalleja y de los hermanos Bernabé y Fructuoso Rivera, habían obstaculizado y retardado las acciones para enfrentar a las fuerzas del Imperio. Por otra parte, Alvear era resistido por muchos de sus propios subordinados en el ejército, que le atribuían un carácter soberbio y excesivamente autoritario. A ello se sumaban las deficiencias y carencias del ejército en materia de armas, uniformes y otras necesidades; los reclamos para superarlas presentados al presidente Rivadavia fueron infructuosos, debido a la situación del erario.

En esta guerra se habían renovado antiguas disputas territoriales que se remontaban a la fase inicial de la conquista europea. Por eso, el origen remoto fue la causa principal de la imprecisión de las delimitaciones territoriales. Un conflicto permanente fue el de la primacía en el control y uso de la inmensa cuenca fluvial platense, que era vital para ambas partes como vía de comunicación entre sus regiones y de la salida de los espacios interiores hacia el Océano Atlántico. La incidencia de Gran Bretaña se acrecentó luego de Ituzaingó, ejerciendo un papel decisivo como mediador e interventor en la dilucidación del problema y en la creación de la nueva República, que se constituiría en un espacio de separación entre los seculares rivales.

Es claro que las motivaciones emergentes a lo largo de toda esta historia alcanzaron su propia especificidad en estos años en que se gestó y se desató la guerra. Una de las primeras motivaciones del Brasil era la necesidad de afirmar su propia integridad territorial,

amenazada por la existencia de intereses políticos y económicos contrapuestos entre las regiones y Estados, que colocaban a los del sur en una actitud contestataria y hasta secesionista; concretamente, en los Estados del Sur (en especial Rio Grande do Sul) ya se mostraba la reacción contra el centralismo ejercido desde Rio de Janeiro y de reservas ante el sistema monárquico, presagiando conflictos y guerras que se desatarían unos años después y que tuvieron su máxima expresión en la creación de la Confederación Riograndense, que en su voluntad de afirmar su oposición a la monarquía fue denominada también República de Piratini.

Precisamente, ésta era otra preocupación del Imperio frente a la posibilidad de que se creara allí una República que discutiera la validez de una monarquía en el continente americano, por añadidura legitimada por una dinastía europea. A partir de la independencia uruguaya pasaron a actuar allí conspiradores que planeaban fundar una república que uniera al Uruguay con Rio Grande do Sul. La cuestión oriental tenía, así, un profundo significado para la integridad del Imperio, más allá de la conservación de la Provincia Cisplatina.

Para ambas partes otra motivación esencial era la económica, ligada a la actividad ganadera y a los intereses de los estancieros que exportaban carne de tasajo y engordaban sus vacunos a lo ancho del territorio, transitándolo de unos a otros sectores en discusión. En fin, la guerra tenía también esta motivación, centrada en la disputa entre brasileños y argentinos por la apropiación y el comercio de ganado. La guerra por la Banda Oriental y la creación de la República Oriental del Uruguay marcaron un hito fundamental hacia el futuro de las relaciones entre Argentina y Brasil y para el equilibrio del poder en la región platense durante el resto de este período, al final del cual, con la caída de Rosas, la balanza se inclinó paulatinamente hacia el lado brasileño.

Un año después de la Convención Preliminar se reiniciaron las relaciones formales con el envío por parte de Brasil de José Agustín Barboza, Junior, designado Cónsul General en las Provincias Unidas. Un Decreto del Gobernador Lavalle reconoció prontamente esa designación. Una nueva etapa de estas relaciones

se había iniciado con buen signo, y hasta llegarían a ser aliados en una guerra futura que tendría como escenario esta cuenca platense, testigo y a la vez protagonista natural de estos ardorosos vínculos.

Puede decirse que la nueva república se había emancipado a un mismo tiempo de Brasil y de las Provincias Unidas, de ahí la legitimidad de considerarla como una segunda independencia, distinguida de las que habían proclamado su independencia de España. Terminada la guerra que decidió la emancipación uruguaya, los años siguientes fueron marcados por el interés de su gobierno en fijar sus límites territoriales y en lograr el Tratado definitivo que confirmara aquella Convención Preliminar. El problema limítrofe se circunscribía al Brasil y el de la afirmación de la independencia lo era con respecto a la Confederación Argentina. Durante la existencia de la Provincia Cisplatina el gobernador Lecor había corrido las fronteras, cediendo parte al Estado de Rio Grande do Sul. Por lo tanto, la superficie de la nueva nación había quedado menguada. Al respecto, Uruguay sostenía la vigencia del Tratado de San Ildefonso de 1777 entre Portugal y España, en tanto que el Imperio se amparaba en la Convención que había firmado Lecor con el Cabildo de Montevideo en 1819.

Obviamente, el argumento brasileño era jurídicamente cuestionable, pues esa Convención había sido de una autoridad dependiente de Rio de Janeiro y de un Cabildo cuya autoridad tenía sólo jurisdicción en la ciudad de Montevideo. En todo caso, no se había tratado de un arreglo internacional, como el que ahora se planteaba. Además, la pretensión rompía con el acuerdo que había tenido general consentimiento en las nuevas naciones, y que establecía los límites teniendo en cuenta el momento en que estos países se habían emancipado de las dominaciones europeas.

El litigio se formalizó en 1830, y entonces Brasil se apoyó en el hecho de que la Confederación Argentina no había ratificado la Convención Preliminar de Paz de 1828 y por tanto consideraba que estaba en condiciones de abrir nuevas y diferentes tratativas, aunque no bajo el principio del *statu quo ante*, es decir que no incluía la pretensión de volver a discutir la posesión de la Banda Oriental. Esta limitación se hizo ostensible al crear un Consulado

General en Montevideo y designar luego un Encargado de Negocios, lo cual constituía un reconocimiento formal y diplomático de la existencia de la nueva nación.

Estos contactos continuaron siendo perturbados por la persistencia de rivalidades y complicaciones que subsistían en razón de los intereses encontrados en un país sucesivamente ocupado por españoles, rioplatenses, brasileños, ingleses, por lo cual los enviados ocupaban su tiempo en la discusión sobre distintos asuntos políticos y económicos derivados de los anteriores conflictos.

Esto es una muestra de que ante la nueva situación el Imperio brasileño marcó allí su presencia mediante la diplomacia, en la cual confiaba como herramienta apta para afirmar sus intereses, tanto los que comprendían a la nación como a la de los individuos residentes en Uruguay; esta posición se diferenciaba de la de la Confederación Argentina, que más bien apeló al recurso directo de la injerencia política y también a la de las armas para afirmar su presencia e influjo. Los entrecruzamientos entre enviados de Rio de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires que discutían acerca de los términos del Tratado de Paz previsto en la Convención Preliminar tuvieron durante muchos años las relaciones, en las que se trataron cuestiones de límites, control de las fronteras, actividades de emigrados políticos, acuerdos y desacuerdos comerciales, etc., llegando a pretensiones como las de anular aquella Convención y hacer cuenta nueva.

La siguiente estrategia uruguaya fue convocar a las naciones sudamericanas que tenían límites con Brasil para hacer una causa común. Esa fue la misión encomendada en 1834 a Francisco Muñoz, quien se trasladó a Bolivia con ese propósito. En tanto, pidió a Inglaterra que se declarara nula la Convención de 1828, por incumplimiento y al menos aparente indiferencia tanto de Argentina como de Brasil. Todo esto estaba indicando que para ambos gobiernos la cuestión no había concluido, lo que se prolongaría con vicisitudes y conflictos a lo largo de varios decenios. Por su parte, Muñoz promovió desde La Paz la formación de una confederación, lo que era un recurso más para que el

Uruguay obtuviese respeto a su independencia por parte de sus vecinos; este plan había sido ideado por Lucas Obes, entonces Ministro de Relaciones Exteriores. En su viaje, Muñoz se detuvo en Córdoba, Catamarca, Tucumán y Salta, presentando a sus autoridades el plan confederativo uruguayo y recibiendo manifestaciones de solidaridad, motivadas especialmente por la común repulsa a la política imperial brasileña.

El objetivo principal de esta misión era obtener la ayuda de Andrés Santa Cruz, que se había convertido en el hombre fuerte de la región andina y que había fundado la Confederación Andina, lo que provocaba los recelos de la Confederación Argentina. La acogida de Santa Cruz fue amplia, y él mismo se ocupó de interesar a los gobiernos de Perú y Colombia en el plan. El Perú fue más allá aún, y propuso la formación de una Liga Internacional Americana, con la intención de que se convirtiera en una barrera contra las miras expansionistas brasileñas.

La reacción del gobierno de Rio de Janeiro fue rotunda: reclamó a Argentina la inmediata firma del Tratado final de reconocimiento de la independencia uruguaya, con lo que estaba adjudicando a Argentina la resistencia a hacerlo. Si bien la gestión no pasó más allá del planteo y de los recursos formales, ella sirvió para iniciar unas buenas relaciones del Uruguay con Bolivia, Perú y Colombia. Pero también sirvió para provocar la reacción condenatoria de Rosas, quien en 1837 calificó a la misión de Muñoz como una conspiración contra la Confederación Argentina.

4. Reflexiones finales

La revisión de los hechos internacionales vinculados a las independencias de Bolivia y Uruguay marca notoriamente las diferencias que merecieron ambas cuestiones en los gobiernos argentinos de entonces; en efecto, mientras que la del Alto Perú fue objeto de atenciones intermitentes, con fases diversas y finalmente casi indiferentes, la de la Banda Oriental mereció la mayor preocupación de los gobiernos de Buenos Aires. Aunque también tuvo fases diversas, predominó en este caso una honda

preocupación que radicaba en el hecho de su situación geográfica, en la desembocadura del estuario platense y en su cercanía a la capital de la nación. La injerencia del Brasil en la cuestión fue, obviamente, el factor determinante de la preocupación del gobierno de Buenos Aires.

Las vicisitudes provocadas por la creación de Bolivia y de Uruguay se mantuvieron durante la primera mitad del siglo XIX, mostrando que la composición del mapa político sudamericano era complejo y controvertido, y que las alternativas por la dilucidación de su pertenencia a unos u otros Estados excedían los límites de las naciones que protagonizaban manifiestamente la pugna, para convertirse en un problema generalizado en el subcontinente. Y ello ocurría en un tiempo en que se proyectaba y concretaba el principio de reunir países en sistemas confederativos con el objeto primordial de fortalecerse mutuamente frente a los anteriores imperialismos aún presentes o expectantes, para lo cual era fundamental superar antinomias, separatismos y fragmentaciones.